

# **La clausura femenina en la novela española del siglo XXI**

**María del Carmen GARCÍA ESTRADÉ**

*A Araceli Domercq Jiménez, boticaria, en  
homenaje a nuestra amistad desde la infancia*

## **I. Objetivos y método de la investigación.**

## **II. Introducción a las obras.**

## **III. La organización del tiempo en el monasterio: Las horas canónicas.**

## **IV. La clausura.**

- 4.1. *El respeto a la clausura.*
- 4.2. *Las salidas de las abadesas.*
- 4.3. *La ruptura de la clausura.*

## **III. Las dependencias del monasterio.**

- 5.1. *El scriptorium.*
- 5.2. *La botica.*
- 5.3. *El huerto.*
- 5.4. *La torre.*
- 5.5. *El claustro y su jardín.*

## **IV. La presencia de la muerte en las dos novelas.**

- 6.1. *Los tres intentos de regicidio.*
- 6.2. *La piedad ante la muerte.*

- V. El monasterio de Vallbona, en clave política.**
- VI. El monasterio de Madrigal, en clave monárquica.**
- VII. Conclusiones.**
- VIII. Cuadro comparativo entre La abadía de los crímenes y La abadesa.**
- IX. Abreviaturas.**
- X. Bibliografía.**

## I. OBJETIVO Y MÉTODO DE LA INVESTIGACIÓN

El objetivo de nuestro estudio es indagar cómo aparece representada la clausura femenina en la ficción novelesca española del siglo XXI. En principio, se ha acotado el campo de trabajo a dos novelas, dejando para después continuar con el proyecto: *La abadía de los crímenes*, publicada en el año 2011, del escritor madrileño, Antonio Gómez Rufo y *La abadesa, María la Excelenta*, publicada en el 2005, de la escritora vasca, Toti Martínez de Lezea. El método seguido para su estudio es el comparativo. Los escenarios de ambas novelas son, respectivamente, el monasterio cisterciense de Santa María de Vallbona, en tierras catalanas (Lérida) y el Real Monasterio de Santa María de Gracia, de agustinas, en Madrigal de las Altas Torres, en tierras castellanas (Ávila).

## II. INTRODUCCIÓN A LAS OBRAS

*La abadía de los crímenes*, con respecto al género novelesco, es una mezcla de novela histórica, de misterio, gótica<sup>1</sup> y psicológica. Es una obra de personajes múltiples. Intervienen personajes históricos de la época medieval, el rey don Jaime I, el Conquistador, su esposa doña Leonor de Castilla, Violante de Hungría que se convertirá en su segunda esposa y que, junto a su hija Sancha, está enterrada en el monasterio, y personajes de ficción: la abadesa doña Inés de Osona, sus dos cómplices, las monjas Petronila y Lucía, y la religiosa del monasterio cisterciense de Tulebras, Constanza de Jesús. Tanto los personajes de un grupo como los del otro están acertadamente trazados. La historia se reduce a la investigación de los crímenes y violaciones que han ocurrido a las novicias en el monasterio, para lo cual se pide el auxilio del rey que se hospedará con la reina y sus damas en el mismo y al que también llegará la monja navarra para hacerse cargo de

---

<sup>1</sup> El escenario de estas novelas de terror son los castillos y monasterios medievales donde residen víctimas inocentes junto a seres depravados caracterizados por su maldad que provocan el horror. Fundadora del género es *El castillo de Otranto*, de H. Walpole, de 1764. Destaca también *El monje*, de M. Lewis, de 1796.

la investigación durante tres días y medio, tiempo acompañado al ritmo de las horas canónicas. La estructura de la novela, con un escenario cerrado en los límites del convento, se diversifica en cuatro apartados que se entrelazan alternativamente: el mundo interior psicológico de la reina y las conversaciones con sus damas en el recinto de sus celdas; la relación del rey con Violante de Hungría, dama a su servicio; las investigaciones de Constanza de Jesús, y la historia del rey y su política que presenta el estado de su reino y sus inmediatos proyectos. La novela despliega el motivo del amor en sus diferentes versiones: el desamor conyugal, el amor adúltero en recinto sagrado, el extravío del amor o la perversión sexual y el amor de don Jaime a su pueblo, siendo la figura del rey el centro relacionado con todos los aspectos.

*La abadesa, María, la Excelenta* es una novela histórica, centrada en el personaje real de doña María Esperanza de Aragón, hija bastarda del rey Fernando el Católico, que, por mandato de su esposa la reina Isabel, la Católica, ingresó a los siete años de edad en el monasterio agustino de santa María de Gracia en Madrigal de las Altas Torres donde ella había nacido y del que era su patrona. La protagonista desconoce quiénes son sus padres y, una vez sabido, después de muchos años, su origen paterno, se vuelca en el proyecto de averiguar quién fue su madre e ir a su encuentro. Al final, ve recompensados sus esfuerzos y descubre la tumba de su madre, la bilbaína doña Toda de Larrea, en un pueblecito extremeño. La historia de doña Toda ha sido relatada por dos novelistas del siglo XIX: Francisco Navarro Villoslada, y Gertrudis Gómez de Avellaneda. El primero desarrolla su relato, *Doña Toda de Larrea o La madre de la Excelenta*, centrado en un punto: el asunto de Estado, exigido por Isabel la Católica, de dar a elegir a la madre de la Excelenta entre dos alternativas, casarse o recluirse con su hija en el convento de Madrigal. Gómez de Avellaneda, en *Doña Toda y los doce jabalíes*, insiste en la belleza angelical de esta mujer -la llamaban la *monja angélica*- y en el sacrificio que le impuso la lujuria de su padre, el rey. Realzan estas obras, al igual que la que nos ocupa, la función de los monasterios al recoger y educar a las hijas bastardas de los reyes y al mostrar cómo para muchas mujeres su destino, por imposición paterna o real, era la clausura, sin libertad para poder tomar ellas mismas las riendas de su vida.

Esta novela, *La abadesa, María, la Excelenta*, es también una novela de investigación, pero de investigación en los orígenes personales y, a diferencia de la anterior, tiene una estructura itinerante, y abierta. Doña María se desplaza fuera del cenobio en tres ocasiones y estos viajes, tan relevantes en la obra puesto que nos hacen conocer muchos cenobios de los reinos de

Castilla y León<sup>2</sup>, constituyen la metáfora del viaje interior a su pasado que realiza la protagonista. El título se refiere al cargo de abadesa que gobierna la comunidad de Madrigal, más tarde será elevada a priora de las Huelgas, en Burgos, por mandato real de su tío Carlos V, datos de ficción coincidentes con los hechos históricos. Es, pues, una novela de final feliz, en la que la protagonista, después de tantas zozobras, consigue su objetivo.

### III. LA ORGANIZACIÓN DEL TIEMPO EN LOS MONASTERIOS: LAS HORAS CANÓNICAS

La vida en los dos monasterios catalán y castellano, se estructura alrededor de los oficios divinos. Así debe ser, pues la divisa de san Benito es *ora et labora* y en palabras de Martínez de Lezea, <<en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia de las Agustinas de Madrigal se seguía fielmente la regla de san Agustín: oración, silencio y obediencia (LA, 27)>>. El silencio monástico se ve interrumpido por las campanas que llaman al rezo. Es, pues, la oración un aspecto fundamental de la vida contemplativa.

Se exponen, en LADLC, cuáles son los rezos preceptivos, según la regla de san Benito. Y es el narrador quien lo enuncia, distinguiendo entre rezos mayores y menores:

Siguiendo la regla de san Benito, a diferencia de la imposición que se refería a los tres rezos más importantes del día, maitines, laudes y vísperas<sup>3</sup>, no hacía falta dirigirse a la capilla, sino que cada cenobita lo rezaba allí en donde se encontrase (J I, c. 3, p. 6).

Líneas más abajo, a la pregunta del rey sobre cuántas oraciones llevan ya, Constanza le explica:

-Las preceptivas de la regla, señor -alzó los hombros la monja navarra-. Maitines en la medianoche, Laudes antes de empezar el trabajo diario, la

---

<sup>2</sup> Así, conoceremos el convento de clarisas en Tordesillas (Valladolid) donde vivía recluida la reina Juana, hermana de padre de doña María Esperanza y a la que ésta visita en varias ocasiones. En el convento, un bello palacio mudéjar, a día de hoy, aún se conserva el clavicordio de la reina Juana.

<sup>3</sup> Maitines: Del latín, *matu)nus (con i larga)* Primera de las horas canónicas rezada antes del amanecer (cuatro de la mañana), en la media noche. Laude: Del latín, *laus, laudis*, alabanza, se reza después de maitines. Vísperas: Del latín, *vispera* (e breve), la tarde, hora del oficio divino, después de nona; en el monasterio de Tulebras (Navarra) se rezan vísperas a las seis de la tarde; en el de Vallbona, a las seis y media.

hora prima, la tercia, la sexta... Luego será el Ángelus y la nona, al atardecer, las Vísperas. Sin olvidar las Completas señor, que las rezamos en nuestra celda antes de dormir.

-Se te olvida el Oficio de las Lecturas, hermana Constanza- la abadesa seguía las cuentas de la navarra. Lo hacemos mientras comemos. ¿En Tulebras no es así?

-Es cierto, es cierto –reconoció Constanza-. Los tres salmos y las dos lecturas santas... (J I, c. 3, pp. 64 y 65).

He aquí, a continuación, unos cuantos ejemplos que muestran la organización del día a través de las horas canónicas. En la llamada a maitines, el rey se despierta, mientras que la reina se levanta y reza las oraciones de la mañana; Violante, echada en la cama al lado del rey también despierta de su sueño infantil y en el cuarto ejemplo, los maitines deparan menos tranquilidad:

Poco antes de las cuatro de la madrugada el monasterio se sacudió con un repiqueteo de campanas y campanillas, llamando a maitines. [...] De fondo, el correteo de las religiosas por los pasillos del monasterio en dirección a la capilla fue una tamborileada que le ayudó pronto a conciliar otra vez el sueño. (J II, c. 1, p. 41).

-Me levanté al toque de maitines -informó con calma doña Leonor, redoblando la amabilidad de su sonrisa-. He asistido a las oraciones de la mañana durante más de una hora y luego os he estado esperando para desayunar (J II, c.1, p. 45).

En ese momento [el rey dormía] se relajó [Violante] y consiguió conciliar un sueño infantil y profundo, que, sin embargo, fue roto por el campanilleo de los maitines, cuando volvió a inquietarse y optó por hacerse la dormida incluso cuando notó la pausada caricia del rey sobre su pelo. (J II, c.1, p.42).

[La abadesa] –Pobrecilla... En la fuente. Ahogada en la fuente del jardín del claustro. Allí fue descubierto el cuerpo [de Isabel de Tarazona] cuando las hermanas acudían al rezo de maitines. (J. II, c. 16, p. 142).

Los datos exigidos por el rey para iniciar la investigación se recogen justo después del toque del ángelus.

El ángelus marcó el mediodía justo antes de que las religiosas dieran por acabado el informe y entregaran a don Jaime las cuartillas escritas con una excelente caligrafía digna de un amanuense experimentado. (J II, c.3, p. 65).

La monotonía del día en la celda de doña Leonor y sus damas se alivia con los rezos:

Desde maitines andaban levantadas [la reina y sus damas], ya habían cumplido con el ritual de rezos de laudes y de las dos primeras horas menores, la prima y la tercia, a las seis y a las ocho de la mañana, respectivamente, y luego habían desayunado. Y ahora, a la espera de la hora sexta, que llamaría a las once de la mañana, sin las ocurrencias de Águeda, se encontraban silenciosas y algo mustias. Hasta la llegada del ángelus, a mediodía, no había nada nuevo que hacer. (J II, c. 4, pp. 68 y 69).

[La reina] -¿Avisarán para la hora sexta?

-De un momento a otro... -respondió Berenguela, la dueña, después de mirar al sol. (J II, c. 4, p. 72).

Como estaban exentas del trabajo de la comunidad [doña Leonor y sus damas] no tenían que compartir los laudes, pero sí guardaban un silencio somnoliento hasta las oraciones de la hora prima (J III, c. 1, p. 159).

La devoción se ve perturbada, en ocasiones, por los problemas personales. Pedro de Alcántara advierte de los peligros que la acechan y ofrece algunas ayudas para mantenerla entre las cuales una consiste en <<la guarda del corazón [...] de todas tribulaciones y movimientos apasionados>> puesto que nos dice, con una bella imagen musical, <<no menos conviene tener el corazón templado para orar y meditar que la vihuela para tañer>> (Andrés, 145). Es interesante mostrar cómo las preocupaciones personales impiden a la reina el recogimiento para rezar las completas<sup>4</sup>:

Empezó a rezar sus oraciones nocturnas, las completas, pero un solo pensamiento [el rey había solicitado la anulación papal de su matrimonio] hería la devoción de doña Leonor igual que el sol ciega si se le mira fijamente. (J I, c. 5, p. 35).

Y cómo continúan sus cavilaciones, después de los rezos de la hora prima:

---

<sup>4</sup> Última hora del oficio divino que se reza antes de acostarse, con la cual se terminan las horas canónicas del día.

Después, acabados los salmos de la hora prima, una vez amanecido el día, doña Leonor se sentó ante el bastidor para dar alguna puntada al pavo real que dibujaba y, aunque no lo buscara, dejarse llevar por pensamientos contradictorios acerca de ese amor que se le escapaba como un puñado de arena entre los dedos. (J III, c. 1, p. 159).

Las preocupaciones sobre el curso de su investigación también atormentan a Constanza de Jesús, pero reza las vísperas como se ve en el segundo ejemplo:

Las campanas del monasterio, en ese momento, llamaron a vísperas, [...]. Aún así Constanza [...] no se apresuró para ir a la capilla de la abadía a compartir los rezos de vísperas sino que atendió a los pensamientos que no le permitían recuperar su buen ánimo. (J II, c. 14, p. 125).

Además, la llamada a vísperas le obligaba a rezar, [...] y cruzó sus manos sobre el vientre, la cabeza adoptó postura de sumisión y recitó las oraciones que había aprendido. (J II, c. 14, p. 128).

Se alude a vísperas también cuando la abadesa conversa con sus cómplices y, en un ejemplo de perversidad, se entremezcla el proyecto de matar a la investigadora si descubre sus fechorías y el interés de la abadesa por las lecturas santas de vísperas: <<¿Qué lecturas hay previstas para la hora de vísperas, Lucía?<sup>5</sup>>> (J III, c. 8, p. 230). Otro nuevo ejemplo de vísperas: las monjas Lucía y Petronila, descubiertas en sus crímenes, proyectan su huida después de vísperas: <<Huiremos juntas -aceptó su amiga- Pero, mejor, después de vísperas. No debemos levantar sospechas>> (J III, c. 15, p. 292). Las vísperas se rezan a las seis de la tarde, buscaban, pues las sombras de la noche para su fuga.

El rey no reza, en las horas litúrgicas, pero esa llamada marca sus rutinas: <<A la hora nona, [...], don Jaime llegó al comedor. [...]. Eran, por tanto, las dos en punto cuando entró en la sala donde servían de comer>> (J II, c. 6, p. 83).

Así, las horas canónicas inciden en la vida de los distintos grupos de personajes, la reina Leonor y sus damas, el rey, Violante, las monjas del

---

<sup>5</sup> Es interesante conocer la lista de lecturas que enumera Lucía. Son las siguientes: <<el himno del Gloria, los salmos 117 al 138 del rey David, el cántico 11 del cantar de los cantares, la lectura de la primera carta de san Pablo a los tesalonicenses, el Magnificat de la Santísima Virgen, los responsorios del día, las intercesiones por nuestras hermanas fallecidas y las demás de rigor, un padrenuestro y una oración conclusiva que hoy será escogida del tercer libro de san Juan>>. (J. III, c. 8, pa.230).



monasterio catalán, la monja navarra y vemos cómo se emparejan con sus obligaciones cotidianas. El autor pone un especial interés en aclarar al lector a qué hora del día corresponden las oraciones.

En *La abadesa*, igualmente, las referencias a los rezos son continuas. Se mencionan los maitines: << [María] acabó [la lectura del registro de novicias] justo cuando llamaban a maitines>> (LA, 80). Laudes: Aquella mañana, como tantas otras, la abadesa salió del edificio en vez de dirigirse a su celda para recogerse en la oración >> (LA, 25). Tercia: <<La campana llamó a tercia y [la abadesa] se apresuró a regresar. Se mezcló entre las monjas que se dirigían a la capilla, sin un roce, sin una palabra, ocupó su sitio en el coro y con un leve gesto de cabeza dio comienzo el oficio>> (LA, 25).

Otro ejemplo nos informa de que todos los quehaceres se interrumpen al reclamo de la oración: <<La campana sonó a tercia. Se levantó de la silla [la abadesa] y lo mismo hizo la joven. -Es hora de olvidarnos del trabajo- añadió y recordar que el Señor reclama nuestra presencia en la capilla>> (LA, 70). Nona: << Iba a proseguir [la abadesa] con su lectura cuando sonó la llamada a nona. Dejó el documento y salió precipitadamente hacia la capilla>> (LA, 61).

El ángelus también está presente, en el convento y en el campo: << La campana llamó al ángelus (LA, 58). La abadesa registra los archivos en busca de algún dato sobre su origen: <<Olvidó el ángelus y se enfrascó en la lectura>> (LA, 59). Y en otro ejemplo, a la hora del ángelus, las religiosas interrumpen su viaje para rezar como en esa bella pintura de Millet, *El angelus* (1859-60)<sup>6</sup>, en que unos campesinos, con el apero de labor hincado en tierra, se disponen a la oración en actitud recogida, en medio del campo: <<Tras una breve parada para rezar el ángelus en compañía de unos campesinos y compartir con ellos el pan y algo de queso que llevaban, prosiguieron su viaje y pronto divisaron las torres de Medina>> (LA, 86).

Aunque, en alguna ocasión, en el monasterio catalán, las oraciones se ven perturbadas por las preocupaciones personales como en el caso de la reina, sólo los personajes de la abadesa y sus cómplices alternan proyectos perversos con santas oraciones en una extrema desviación de la personalidad. Sin embargo, en *La abadesa* se observa el seguimiento de los oficios sin sobresaltos y la devoción compartida de la comunidad agustina. En este cenobio, el ser y

---

<sup>6</sup> La obra está adscrita al realismo francés y se conserva en el museo de Orsay. Millet vivió con los campesinos, experimentando sus mismas condiciones, de ahí que su honda y realista interpretación transmite, al modo evangélico, la espiritualidad de los trabajadores.

el deber se aúnan y la apariencia externa y la experiencia interna son una misma realidad en la devota vivencia de la oración.

#### IV. LA CLAUSURA

En *La abadía de los crímenes*, la clausura tiene que manifestarse perfecta, y no sólo por razones históricas, sino incluso para añadir una nota más de misterio y mantener al lector con la atención concentrada en su lectura. De ahí que las referencias a la clausura sean numerosas y que se describan varios aspectos sobre ella. Este estudio analizará las siguientes partes: el respeto a la clausura por personas y dependencias habilitadas para cubrir las necesidades de las religiosas, enfermería, capilla, sin estorbar a su cumplimiento; las salidas de las abadesas, por detentar el máximo poder dentro de la abadía y, por último, la ruptura de la clausura.

##### 4.1. *El respeto a la clausura*

Se nos advierte tempranamente que había una raya, pintada en el suelo a la puerta del monasterio, que partía en dos el espacio. De un lado quedaba la clausura, de otro el espacio para todos, no clausurado. Veremos cómo la clausura se respeta por las personas reales y su séquito y en las dependencias.

*El rey, la reina y sus damas.* Los personajes respetan la clausura y ningún hombre puede penetrar en el monasterio, salvo el rey. Esa es la razón de que sus tropas tengan que permanecer asentadas frente al edificio, afuera, en el valle. El rey da instrucciones a su Alférez Mayor para que así se cumpla, puesto que:

Tan sólo él, por su privilegio de rey, y la reina doña Leonor con sus damas, como mujeres, podían hospedarse en el cenobio; ni siquiera el capellán don Teodoro, ni religioso alguno, fuera sacerdote o obispo, podía traspasar sus puertas. El mismo papa, de desearlo, habría tenido que solicitar la venia de la abadesa para permanecer entre aquellos muros. (J I, c. 2, p. 15).

Otras referencias insisten en este punto, y se constata cómo la administración de los servicios religiosos y de enfermería mantiene el respeto a la clausura. Observémoslo en la habilitación de la capilla y de la enfermería.

*La capilla.* Constanza mantiene al rey informado de sus averiguaciones, según se van produciendo y en una de sus primeras conversaciones le

expone la situación: <<La más significativa de todas es que es que en este monasterio no entra ningún hombre. Jamás>>. (J II, c.1, p. 49). Ante la sorpresa del rey que alude a algún sacerdote, la monja de Tulebras le expone los detalles sobre la administración del servicio religioso y esto da lugar a que veamos cómo está habilitada la capilla:

El altar está en un espacio exterior a las murallas, separado por celosías de hierro de las bancadas donde rezan las religiosas. Los confesionarios, igual: no hay contacto físico posible. Los entierros son presididos por la abadesa, y ella misma reza las oraciones funerarias. La extremaunción la administra el sacerdote fuera de las murallas, en la puerta por donde vos mismo entrasteis ayer sin traspasar la raya pintada en el suelo y que señala el inicio de la clausura. Desde hace unos años jamás ha pisado ningún hombre estos suelos femeninos. Ni siervos de Dios, ni siervos de la plebe. (J II, c. 1, pp. 48 y 49).

Se vuelve a insistir en la disposición de la capilla, esta vez es el rey que, además de las referencias oídas, comprueba por sí mismo la clausura en la capilla:

Luego, rodeando el patio central, salió [el rey] por otra puerta lujosamente labrada en madera con representaciones de iconos sagrados, que le condujo directamente a la capilla, también clausurada por su extremo para que el sacerdote que cuidaba del alma de aquellas mujeres quedara siempre al otro lado de la verja de hierro forjado, tanto para la celebración de la misa como para los oficios de la confesión y comunión. En efecto: la clausura era perfecta. (J II, c. 13, p. 118).

Comprobada la perfecta clausura de la capilla, veamos cómo se cumple en la enfermería.

*La enfermería.* Ante las reticencias reales de que ningún hombre pueda acceder al cenobio, ni siquiera el médico, Constanza explica al rey lo que sucede en caso de enfermedad de las religiosas:

Cuando una religiosa sufre de fiebres o de algo más grave, es trasladada al exterior de la abadía, a un cobertizo existente al oeste del edificio. Y allí es atendida por los médicos cada vez que lo necesita (J II, c. 1, p. 49).

Y, de nuevo, el rey intenta comprobar las dependencias del monasterio y la clausura:

Y él [don Jaime] siguió deambulando por la abadía en busca de la sala exterior de que le habían hablado, aquella que servía de sala de cura para las enfermas del cenobio sin que la presencia de un médico alterase la clausura del recinto. (J II, c. 13, p. 117).

Igual pasa con los comerciantes y gente que traen las provisiones para el cenobio: nadie puede acceder al interior del mismo. La separación entre el siglo y el centro de espiritualidad es completa.

#### 4.2. *Las salidas de las abadesas de la clausura*

En este aislamiento, sólo la abadesa sale fuera para realizar gestiones y entrevistarse con los nobles, y entonces rompe la clausura:

Al parecer, le habían dicho a Constanza, la abadesa tenía obligaciones en casa de algunos nobles del condado y debía salir de vez en cuando del convento, aunque ello supusiera la ruptura de la clausura. (JU, c. 5, p. 338).

Momentos antes mientras cruzaba [el rey] un corredor en su busca, había sido informado de que doña Inés había salido hacía buen rato del monasterio para atender unos asuntos y que, en breve, si era la voluntad de Dios, regresaría a su aposento. (JU, c. 5, p. 338).

Los objetivos no son del todo claros en estas ausencias del monasterio, o al menos, levantan las sospechas de la sagaz investigadora Constanza de Jesús como se observa en la siguiente cita: <<[Constanza] necesitaba preguntarle [a la hermana Cixilona] quiénes eran los nobles a los que acudía a visitar con frecuencia la abadesa, y si conocía el objeto de sus ausencias del cenobio>>. (JU, c. 6, p. 353).

La clausura en *La abadesa* está enfocada desde un punto de vista contrario. Trata de las salidas de las religiosas al exterior por causas justificadas y se centra en la falta de libertad. La clausura significaba el seguimiento de unas reglas que impedían la libertad de salida de las religiosas fuera del monasterio y de entrada de los seculares, lo que, en el primer caso, constituía una serie de problemas y situaciones angustiosas en muchas ocasiones. La autora nos transmite el desasosiego que originaba la falta de libertad de movimientos impuesta por la clausura, a partir de un ejemplo, la preocupación de la abadesa al ver llegar al cenobio a un mensajero, portador de una carta, e interpretar que alguna de las hermanas deberá ausentarse del mismo por motivos familiares graves:

Únicamente una dispensa de Toledo autorizaba a una religiosa a abandonar el monasterio y el trámite llevaba varias jornadas o, incluso, semanas. En la mayoría de los casos llegaba demasiado tarde con la natural desesperación de la afectada, sobre todo si se trataba de alguna de las más jóvenes (LA, 78).

Causaba una verdadera conmoción en las religiosas que se topaban con un muro invisible pero más difícil de traspasar que uno de recia piedra. La abadesa siente también esta falta de libertad y sale algunas veces para poder disfrutar del paseo, con la justificación de los deberes de su cargo:

[...] pero sabía muy bien que no era ésa la razón de sus escapadas. Disfrutaba con sus paseos solitarios que la hacían sentirse libre durante algunos momentos, una ilusión que se rompía en mil pedazos cuando de nuevo penetraba en el edificio. (LA, 25).

Las salidas largas de la abadesa se realizan con causa justificada y con los permisos requeridos. Una de ellas, la primera se efectúa con la autorización debida puesto que al ser nombrada Inspectora General de los Conventos y Monasterios de la orden agustina en el reino de Castilla y León. (LA, 79), se ve obligada a cumplir con este cometido:

El hecho del viaje había levantado la clausura, así como el voto de silencio que, por otra parte, no tenía intención alguna de mantener fuera del monasterio ni para sí ni para sus compañeras. Por primera vez estaba libre de reglas y disciplinas y pensaba disfrutar de esa libertad como un premio merecido. (LA, 85).

Vemos en un segundo viaje, -al ser proyectado por asuntos personales para buscar a su madre en Extremadura, doña María Esperanza oculta el fin verdadero y se excusa en el cumplimiento de una promesa ficticia-, cómo obediente a las normas, pide permiso a Toledo para salir y le es concedido:

La respuesta de Toledo tardó en llegar pero, tal y como María lo esperaba, obtuvo el permiso para hacer el viaje. Pocas veces solicitaba algo extraordinario y, cuando lo hacía, siempre le era concedido. Ser miembro, aunque lateral, de la familia real tenía alguna que otra ventaja. (LA, 210).

En otra ocasión, y por causa de fuerza mayor, un carruaje la espera para trasladarla de inmediato ante el hecho de un familiar a punto de morir, Inés -cuyos sentimientos hacia ella eran los de una madre hacia una hija- y, ante el largo trayecto a recorrer hasta Bilbao, se permite ausentarse del monasterio

sin requerir las autorizaciones pertinentes y sin importarle las consecuencias que podrían derivarse de ello:

Decidió no pedir ni esperar el permiso que tardaría días en llegar. No le preocupaba lo que pudieran pensar en Toledo. A su edad ya no esperaba honores. Tampoco le importaba demasiado que la relevaran del cargo de abadesa, cuyas obligaciones sentía pesadamente sobre sus hombros a cada día que pasaba. (LA, 241).

Las tres salidas de la abadesa se relacionan según un orden gradativo, donde el motivo personal, la búsqueda de sus orígenes, va ganando terreno. En la primera, doña María Esperanza sale por imposición de la superioridad y aprovecha para hacer indagaciones personales sobre su madre; en la segunda, el objetivo del viaje es de carácter personal, seguir indagando en la búsqueda de su madre, pero lo encubre con la excusa de cumplir un voto solemne, ir en peregrinación a Guadalupe y en las dos salidas viaja con autorización; en la tercera, el motivo de la salida es también personal, atender a su familia recuperada, pero se marcha sin permiso, aunque por fuerza mayor, y, como acabamos de constatar, no le importan las consecuencias de su comportamiento.

Otro caso, este de relajación de las normas de clausura, se presenta en la figura de una abadesa joven, hija ilegítima del poderoso conde de Benavente que rige los destinos de la casa agustina de Valladolid gracias a los favores de su padre y permite la visita de varones amigos a sus religiosas. Doña María Esperanza, en su visita como inspectora pone orden con autoridad: <<A partir de ahora mismo quedan suprimidas todas las salidas, así como las visitas que no sean de familiares y estén autorizadas>> (LA, 107). Queda manifiesto, a partir de este contraste entre ambas abadesas, la raya que separa la clausura del siglo pues, como indica la abadesa de Madrigal, ellas <<no son una corte de damiselas sino religiosas dedicadas a la oración y al recogimiento>> (LA, 107).

En conclusión, se constata que en cada novela la clausura se enfoca de un modo distinto: en LADLC interesa destacar que la clausura no permite la entrada de las personas externas al monasterio, ni siquiera a aquéllas que ejercen servicios necesarios para las religiosas, como son los cuidados del cuerpo y los del alma; en LA por el contrario, se presenta la salida de las hermanas al exterior y la problemática que conlleva la petición y concesión de autorizaciones. Son enfoques, en definitiva complementarios que nos describen el movimiento de fuera a dentro y de dentro a afuera del cenobio. La causa de los mismos está en la trama argumental de ambas novelas: en

LADLC, se necesita averiguar qué personaje masculino del exterior es el que se adentra en el monasterio para perpetrar sus crímenes y violaciones y mantener la concentración del lector. En LA, la búsqueda por parte de la abadesa de su origen materno requiere el proyecto del viaje y la salida al exterior para tratar de encontrar fuera de los muros abaciales alguna pista, así como la recuperación de parte de su familia exige su atención en los momentos graves y su traslado a la casa.

#### 4.3. *La ruptura de la clausura*

Dos son los personajes, externos al convento, que rompen la clausura: uno, el médico, por mandato del rey; otro, el capitán por causa de fuerza mayor.

*El médico.* Cuando el rey conoce lo que la torre encierra, hondamente preocupado, quiere que el médico de su corte, don Martín de Teruel, también lo conozca y le dé su veredicto. Va a pedir el consentimiento de la abadesa para que el médico entre en la clausura, pero Constanza de Jesús, con su sentido práctico, lo disuade con un buen argumento: Los fueros del monasterio de san Benito le autorizan [a la abadesa] a prohibir la entrada de hombres en el cenobio y, si se opone, ni vos ni nadie puede vulnerar la orden sin arriesgarse a ser reconvenido de igual modo por las Cortes aragonesas y catalanas. (JU, c. 3, p. 323).

Por tanto, se arriesgan a que el médico de la corte entre sin permiso a visitar la torre. A esta irrupción de un hombre en la clausura, las monjas responden escandalizadas: <<Al cruzar el claustro, varias monjas se llevaron las manos a la boca, sorprendidas y avergonzadas; otras corrieron a esconderse tras las columnas del claustro>>, y hubo quien mostró cierta coquetería: <<y alguna, también se detuvo a observar al caballero recién llegado con una brizna de coquetería en los ojos>> (JU, c. 3, p. 324).

*El capitán.* El capitán don Tirso de Cardalés anuncia sin invadir la clausura que el carruaje espera a la reina, quien con la excusa de la enfermedad de su hijo, se va del convento ante la sucesión ininterrumpida de crímenes. Más adelante se constata que <<Conocía la prohibición de entrar en el monasterio y deseaba respetar la norma>>, pero ante el desorden y alboroto de las monjas corriendo y chillando por el interior -ante la muerte de Cixilona-, se dio cuenta de que algo extraño pasaba y de que los reyes podrían estar en peligro y <<sin dudarlo más [...] entró en la clausura a toda

prisa, igual que si estuviera tomando al asalto una fortaleza enemiga>> (JU, c.8, p. 379).

Se produce la ruptura de la clausura al final de la novela cuando los acontecimientos se desbocan y situaciones y personajes van perdiendo su aparente identidad para dejar otra al descubierto. El desenlace está próximo.

## V. LAS DEPENDENCIAS DEL MONASTERIO

En este apartado se describen cinco de las más importantes dependencias del monasterio, para la descripción del mismo y para el desarrollo de las obras: el escritorio, la botica, el huerto, la torre y el claustro.

### 5.1. *El scriptorium*

El *scriptorium* es una parte fundamental de los monasterios. En la época medieval eran los grandes centros del saber donde se custodiaba y desde donde se difundía la cultura<sup>7</sup>.

En *La abadesa*, el escritorio aparece en varias ocasiones. La Madre Reverenda espera en el escritorio a ser recibida por la abadesa de Madrigal cuando llega a este cenobio desde Toledo para entregarle el breve del papa Julio II que la legitima como hija del rey (LA, 36-43). La abadesa recuerda que puede encontrar algún dato sobre su origen en el registro de novicias, en los archivos del monasterio y allí se encamina: <<En el escritorio se encontraban varias monjas y novicias estudiando y copiando manuscritos>> (LA, 55). Queda manifiesto algo del mobiliario: hay pupitres donde escribían y anaqueles al fondo de la sala para guardar las carpetas; también velas para iluminar.

La palabra escritorio se usa con carácter individualizado, <<su escritorio>>, en referencia al escritorio personal de la abadesa: <<Apresuró el paso en cuanto salió del corredor y se encaminó a su escritorio>> (LA, 57). Esto se confirma más adelante cuando se explica cómo es realizándose, además la importancia de la ventana: <<Finalmente pudo encerrarse en el

---

<sup>7</sup> Conservamos una descripción de Casiodoro del existente en Vivarium (sur de Italia) donde se enumeran los utensilios necesarios para la transcripción de los códices y su iluminación.



cuarto que le servía de escritorio y desde cuya ventana podía ver a los collazos del monasterio que recogían las manzanas y llenaban con ellas grandes cestos de mimbre>> (LA, 57). Otra nueva mención a *su escritorio* aparece cuando recibe una carta de la Reverenda Madre con su nombramiento como Inspectora general de los Conventos y Monasterios agustinos en el reino de Castilla y León, hecho que le impone el viaje y ocasión para requerir datos sobre su madre. <<María entró en su escritorio, encendió el candil y se sentó; cogió el sobre y rompió el sello de lacre con cuidado>> (LA, 79).

En cuanto a LADLC, no hay referencia a ningún escritorio en particular sólo se menciona el *scriptorium* general, es decir el taller de las amanuenses, donde se transcribían los códices.

*Las producciones del scriptorium.* El *scriptorium* de Vallbona históricamente era famoso por las obras transcritas. Este rasgo histórico se recoge en la novela. La abadesa doña nés de Osona, se encargó de habilitar unas salas de la segunda planta en el ala norte como escuela monacal donde se enseñaba las religiosas, caligrafía, miniatura, música y gramática:

Su *scriptorium*, así había cosechado fama en toda la Corona de Aragón por sus espléndidos trabajos en la transcripción de textos sagrados, obras griegas y algunos poemarios árabes y libros latinos muy solicitados por los nobles, aunque no contaran con el *nihil obstat* del papado (J I, c. 4, p. 31).

Otro acontecimiento extraño sucedido en el *scriptorium* es el derrumbamiento de su techo, lo que la abadesa achaca al largo y frío invierno y al peso de la nieve en el tejado: Sólo permanecían en pie las cuatro paredes del *scriptorium*, imitando un bál sin tapa, y arriba el cielo raso mostraba el discurrir de las nubes blancas que se dirigían al este, esquivando el sol. (J III, c. 2, p. 172).

El rey lo visita junto a la abadesa para evaluar los daños y levantando de un puntapié algunos tableros quedan al descubierto los libros cuyos títulos y contenido le dejan consternado. Obtenemos, de este modo, en la ficción, una relación de algunas producciones de tan afamado lugar. Son las siguientes: *Elogio de la calvicie*, de Sinesio, ante la extrañeza del rey que pregunta: <<¿Trabajáis con esta clase de libros?[...] No parece la lectura más recomendable en un lugar como éste>> (J III, c. 2, p. 173). Salen otros a la luz: *El testamento del cochinillo Grunnio Corocotta*, *Appendix virgiliana*, de Publio Virgilio Marón, *Nux*, de Ovidio, *Apoteosis de Claudio*, de Séneca y *Sátiras* de Horacio. Ante las contestaciones de la abadesa que le quita importancia a estos ejemplares, el rey, con severidad demanda la misión de esos libros y la abadesa, confiesa:

-Señor, no tienen misión alguna, sólo atender las solicitudes de algunos nobles de vuestra corte, que nos piden un ejemplar para su deleite. Preguntadles a ellos por qué pagan tan bien nuestros servicios. La abadía es pobre y necesita todos los recursos que puedan aflorar. (J III, c. 2, pp. 174 y 175).

Otros libros encontrados son el *Cantar de la condesa traidora* y uno persa cuyo título es *Los amores de Majnún y Layla*, libro <<impuro y peligroso>>, prohibido por la iglesia que <<narra con gran lujo de detalle todas las delicias del amor>> (J III, c. 2, p. 175). Se entra así en el asunto de la lujuria en el monasterio, que enfada al rey y replica con ironía: <<Me sorprende mucho el contenido de tu biblioteca. No pensaba que Dios y el diablo convivieran tan cómodamente entre estos muros>> (J III, c. 2.p.175). De nuevo, la ira real se manifiesta ante la osadía de la abadesa que llega hasta pedirle ayuda económica para restaurar el *scriptorium*. El rey, responde indignado:

-No veo más que muertes, violaciones y libros impuros en tu abadía, y encima quieres que colabore en el desorden, en este camino derecho al infierno en que parece haberse convertido tu casa. Antes de solicitar mis bienes, deberías poner orden en tu morada, doña Inés. ¡La Corona de Aragón no gasta oro en el culto a la lujuria y a la muerte! (J II, c.2, p.177).

El *scriptorium* de Vallbona parece ser el lugar donde se manifiesta la metáfora del mundo al revés, en vez de textos sagrados y espirituales que animen a las religiosas en su camino de recogimiento y contemplación transcriben libros profusamente detallados en el arte del amor mundano. Su contraste con el de la abadía de Madrigal se efectúa por el número de obras, sólo se describe una en éste, frente a la variedad de aquél y especialmente por el contenido: frente a la lujuria de aquél, una obra de devoción en éste: *El libro de Horas* de la Virgen, regalo que el monasterio de Madrigal ofrece a su protectora, la reina Isabel, la Católica<sup>8</sup>. El Libro de Horas era llamado <<el breviario de los laicos>> puesto que les proporcionaba una ayuda textual y en imágenes para su devoción. Sus bellísimas iluminaciones lo hacían digno objeto del coleccionismo de reyes<sup>9</sup>. Y es María Esperanza,

---

<sup>8</sup>Existe *El Libro de Horas* de la Reina Isabel La Católica. Se conservaba en la Biblioteca de Palacio de Madrid.

<sup>9</sup> *El Libro de Horas*, en opinión de Domínguez, posee un doble valor: artístico y de coleccionismo, que le hace sobrevivir y aún rivalizar con los producidos en la imprenta. Se trata de un códice pequeño para ser sostenido en la mano, ricamente iluminado con el que se hacía la más alta cortesía, en el Renacimiento al ser mostrado página a página al círculo selecto de amistades y allegados. Cfr. *Libros de horas de la Corona de Castilla*, pp.15-17.

joven de veintidós años, la encargada de realizarlo. Constaba de cuarenta y dos miniaturas a toda página, donde se contaba en cada una de ellas una escena de la vida de la virgen, y de doce miniaturas más pequeñas, además de las orlas:

Cada iluminación estaba enmarcada por una orla en las que las flores de lis, nenúfares, hojas de avellano, alcachofas, cardos, laureles y otras plantas desconocidas e inventadas por ella misma se enlazaban graciosamente con trazos de oro. Las orlas le habían ocupado tantas horas de trabajo como las ilustraciones y había disfrutado enormemente recreando jardines fantásticos en los que se había perdido, ensoñadora, a la vista de otros paisajes que adivinaba más allá de la vega del Zapardiel que podía contemplar desde el monasterio. (LA, 31).

Cuando María se lo ofrece a la reina, después de recibir su felicitación, vuelve a encontrarse con su mirada fría -aquella mirada que descubrió años atrás en su primera entrevista-, quien con dureza le niega su alto linaje y la humilla: <<Vemos que la educación que habéis recibido es con creces mayor a la que podría aspirar una huérfana sin linaje>> (LA,34). La historia personal de la joven se mezcla con el desempeño de su oficio en el escritorio. Y otra vez vuelven los contrastes: mientras en la abadía cisterciense se busca con los códices el dinero de los nobles, en la agustina se ofrece el manuscrito como un regalo de agradecimiento y de generosidad.

Con la inclusión del *Libro de Horas* en este pasaje, Martínez de Lezea nos llama la atención sobre una obra artística de nuestro patrimonio renacentista, al tiempo que supone un elemento de evocación de época. Evocación de época que se registra también en una novela histórica de Navarro Villoslada, *Doña Toda de Larrea o La madre de la Excelenta*, que tiene como protagonista, precisamente, a la madre de doña María, según indica el título. En ella, uno de los personajes, Leonor, pide como regalo a su primo cuando vuelva de viaje <<unas Horas>>. La novela se escribió en el siglo XIX, pero permaneció inédita hasta 1998, en que Carlos Mata Induráin realizó su edición.

## 5.2. *La botica*

Tanto en una novela como en otra, se presentan las referencias a la botica, pues los monasterios medievales o renacentistas vivían una autonomía que implicaba el autoabastecimiento y, más, en remedios medicinales. La propia abadesa cisterciense era muy entendida en las propiedades de las plantas. La sala de las manualidades donde realiza sus juguetes artesanales y los muñecos articulados, sirve también para guardar las pócimas por ella fabricadas. Pero

cuando, en la visita a la sala de trabajo, el rey detiene su mirada en una alacena llena de frascos y pregunta por su contenido, la abadesa resta importancia a sus conocimientos y responde: <<Algunas pócimas... Ungüentos, bálsamos y aceites que ayudan a curar temores, a quitar dolores de madre, a combatir el insomnio y a aplacar los nervios. Remedios caseros, nada más>> (J II, c.12, p. 113). El rey se fija en algunos y acercándoselos a la nariz no consigue identificar sus esencias, pero la abadesa vuelve a quitar importancia al asunto:

Son un puñado de florecillas que se esparcen por doquier, y también hojas, corimbos y macollas de algunas hierbas. Mirad señor, son esencias de narcisos, violetas, lirios, alheñas violas, citisos, acantos, colocasias y mirra. Las cuezo y extraigo su néctar. Luego, mezclándolas, adquieren ciertas propiedades muy beneficiosas para la salud. (J II, c. 12, p. 134).

La suavidad con la que habla no deja entrever el peligro de esas florecillas. Los frutos de la alheña son drupas, púrpuras o negras, venenosas para los humanos. Un frasco azulado llama la atención del rey y la abadesa le indica sus propiedades para combatir el insomnio y le aconseja tomarlo. Ante las reticencias del rey a quien le recuerda el láudano, la cisterciense lo tranquiliza, y vuelve a quitar importancia:

-No, no [rechaza su comparación con el láudano]. Nada peligrosa. Un caballero cristiano que pasó varios años preso de los moros me enseñó la receta para obtenerla. Tomad y hacedme caso. Llevaos el frasco grande y bebedlo todo esta noche antes de dormir. Descansaréis como jamás imaginaríais. (J II, c. 12, p. 134).

La falsedad de la abadesa no la conocerá el lector hasta más adelante cuando descubra que esa pócima tan inofensiva es un potente veneno cuyo objetivo era matar al rey por envenenamiento, en el primer intento, fallido, de regicidio, y que bebidas con propiedades anestésicas sirven para adormecer a las religiosas indefensas que son violadas y torturadas.

Las referencias a la botica en el monasterio de Madrigal son pocas y breves. No se reseña la botica sino el saber de su boticaria. Sucede cuando la anterior abadesa vuelve a su antiguo cenobio para entregar el breve pontifical a la protagonista y se siente enferma. En la casa agustina las cosas son como deben ser. Y los remedios naturales sirven para aliviar el dolor. Al ver el estado de su antigua tutora:

-Algo podrá hacerse -insistió María preocupada-. Voy a llamar a la hermana boticaria. Sabe mucho de reconstituyentes y es mano de ángel a la hora de preparar remedios. Los elabora ella misma con las plantas que cultiva en el huerto y...

-No la llares- le interrumpió la anciana-. Lo que tengo no puede solucionarlo ninguna hierba y por nada deseo hacerle perder tiempo. Por otra parte -trató de reír sin conseguirlo-, ¡odio los potingues! Nunca los he podido soportar. (LA, 51 y 52).

Otra de sus funciones, además de preparar hierbas, consiste en verificar la muerte de sus hermanas:

Petra, la boticaria, entraba en la celda a tiempo que las campanas del monasterio repicaban a duelo. Recorrió el cuerpo postrado con el ojo experimentado de quien estaba acostumbrada a encontrarse con la muerte, examinó los ojos de la difunta, las comisuras de la boca de las que pendía un hilo de saliva, palpó el pecho y sentenció segura de sí misma:

-Nuestra Reverenda Madre ha muerto de consunción. Dios la tenga en su gloria. (LA, 53).

La comparación entre ambos menesteres relativos a la botica no puede ser más extrema: La perversidad de doña Inés de Osona se opone a la experiencia responsable de Petra, la boticaria de la casa agustina.

### 5.3. *El huerto*

La nobleza catalana se relaciona frecuentemente con la abadía de Vallbona: unas veces, para encargar en su *scriptorium* códices de asunto amoroso y, otras, para cobijar en el monasterio a sus jóvenes hijas embarazadas, sin estar casadas y así salvaguardar el honor. Esto nos lleva en la novela a presentar uno de los motivos de más profunda indignación en el rey don Jaime I, el Conquistador: el aborto. Uno de los casos más relevantes es el de la hermana Catalina que sufre un aborto provocado en la inhóspita enfermería del cenobio, en condiciones tan lamentables -el médico que la atiende se queda dormido incumpliendo negligentemente sus deberes hacia la enferma- que, apiadado, el rey, trae al médico de su corte para remediarlo. Cerca de la enfermería, había un huerto y es don Martín, el médico real, quien descubre el secreto del huerto al recoger a su caballo que con las pezuñas remueve los montículos de tierra:

El médico corrió a desenterrarlos con sus manos y extrajo uno a uno, lo que parecían huesos de ratas, conejos o pajarillos en descomposición. Luego removió otro montículo, y otro más y, fuera de sí, mientras pronunciaba frases de incredulidad, fue extrayendo la cosecha de aquella tierra macabra.

-¡Son niños, mi señor! ¡Restos de niños nacidos y de otros que nunca llegaron a nacer! ¡Mirad éste! ¡Y éste! ¡Y éste otro también! ¡Qué espanto, mi señor, don Jaime, qué espanto! (J III, c. 5, p. 210).

Lo que han encontrado en el huerto, cerca del cobertizo que hacía de enfermería, es un osario infantil. El huerto se ha transformado en una metáfora macabra, la cosecha de los restos de niños muertos. De nuevo, en la abadía de Vallbona, el engaño a los ojos, nada es lo que aparenta y la metáfora del mundo al revés cobra toda su vigencia. Al ser interrogada por el rey, la abadesa confiesa sus culpas.

-Confieso que soy una gran pecadora. dijo a media voz-. Confieso que he cometido pecado de indolencia por no preguntar a nuestro médico cómo ponía fin a los remedios que yo misma le exigía siguiendo los deseos de los tutores de mis novicias; confieso que he cometido pecado de pereza por no hacer el esfuerzo de estar más cerca de nuestras hermanas cuando sufrieron sus pérdidas por sí o por provocación, cuál era mi obligación; confieso que he pecado contra el quinto mandamiento de la ley de Dios al no imponer que sobrevivieran los frutos del pecado ya nacidos; confieso que he cometido pecado de ira contra vos; confieso que en muchas ocasiones he cometido pecado de soberbia... (J III, c. 12. p. 266).

Hasta que el rey la manda callar e ir a su confesor. Nada parecido ocurre en la otra obra, donde los días transcurren con placidez. También se menciona el huerto, un huerto donde se cultivan plantas medicinales, como hemos constatado, y al que la reina Isabel alude cuando conoce por deseo expreso a María Esperanza. La abadesa encomia la salud de las novicias ante la observación real de si la niña sufre raquitismo o sarna: <<La vida en nuestra casa es muy sana, alimentos limpios, ejercicio, trabajo, oración...>>. La reina, suavizando diplomáticamente la tensión provocada, ironiza:

Por supuesto, señora abadesa. Nos estamos segura de que todo es como vos decís. Vuestro huerto semeja al huerto del Edén -y añadió sonriendo con un ligero deje irónico en la voz-, si es que en el Edén había un huerto de hortalizas. (LA, 29).

Sólo una novicia, Inés, se refugia en el convento de Madrigal, lejos de su tierra bilbaína sin intención de profesar, porque no quería matrimoniar con un primo a quien despreciaba.

#### 5.4. *La torre*

La torre es un lugar relevante en la novela de LADLC. Significa uno más de los horrores, muros adentro del monasterio. En la realidad histórica, la torre es de una belleza artística impresionante, y en la ficción, como si se tratara de la metáfora del mundo al revés, es de una execrable crudeza. Todo el mal allí se acumula, el físico y el psicológico: es la torre de las dos mazmorras, la torre de las torturas. Cuando la monja de Tulebras descerraja la cerradura de la segunda pieza, el narrador nos manifiesta todo el horror allí encerrado a través de las impresiones de la investigadora:

Lo que vio allí dentro, no podía creerlo. Tuvo que tomar aire para no desfallecer y sostenerse en el quicio de la puerta. Y, aun así, sintió que el mundo daba vueltas a su alrededor. (J III, c. 14, p. 287).

El olor nauseabundo a carne podrida y heces, las sombras ratoniles y los restos de sangre convertía aquél espacio en un ergástulo con los látigos, guanteletes y cuerdas para la tortura, herramientas para el sometimiento y la vejación y el suplicio de la cruz:

En la pared del fondo una gran cruz de madera con argollas en los extremos de los brazos parecía el más cruel de los castigos: allí se podía reproducir una crucifixión durante el tiempo que el verdugo quisiera someter a las víctimas. (J III, c. 15, p. 289).

Este habitáculo de horror recuerda otro de una novela negra del siglo XXI, *Millenium I*, del escritor sueco Stieg Larsson, donde se describe, en esta ocasión en un sótano, una sala de tortura de un asesino en serie (M I, 514).

Otra función tiene la torre, es de carácter externo: la torre se usa para avisar al médico. En lo más alto existe un cubo lleno de leña y hojarasca. Cuando se prende forma una antorcha enorme, con una gran humareda que se ve de día y de noche vislumbrándose desde todos los puntos y el médico, de este modo, conoce que debe acudir al monasterio. La función de encender la llama está a cargo de Petronila y Lucía, muy cercanas a la abadesa y guardianas de las llaves de la torre:

Don Jaime comprendió la utilidad de la antorcha cuando, observando a todas las hermanas del monasterio, mirar en la misma dirección, alzó los ojos para descubrir lo que esperaban ver y, al cabo, vio salir una gran humareda y luego prenderse una hermosa llama en la torre mayor del monasterio. (J II, c. 13, p. 17).

Estas dos funciones de la torre, de carácter externo e interno, no existen en LA donde solo se menciona la torre una vez y de pasada y su función es avistar en la lejanía y descubrir la llegada de mensajeros:

Una tarde, mientras María contemplaba la hermosa puesta de sol en la campiña castellana, vio acercarse a un jinete por el camino real. [...] Presa de una excitación que no lograba entender, abandonó la torre y bajó por la angosta escalera, preguntándose quién sería el misterioso caballero y que razón lo llevaba hasta allí. (LA, 78).

Se vuelve a constatar que en el monasterio de Madrigal, las edificaciones cumplen la función natural para la que se construyeron y que el contraste entre el mismo motivo, la torre, en las dos novelas, vuelve a ser una constante.

### 5.5. *El claustro y su jardín*

El espacio cerrado, claustro, para meditar y realizar la vida contemplativa es una de las partes más señaladas de un monasterio. En ambas novelas está presente. En LA el jardín del claustro es un lugar íntimo para los recuerdos. Allí, la Reverenda Madre conversa con María Esperanza de su llegada a Madrigal con siete años:

Acompañó a doña Elvira al pequeño jardín rodeado por un claustro y se sentaron en un banco, a la sombra de un gran olmo. El calor era fuerte, pero en aquel lugar soplaban una ligera brisa que hacía menos duro el mediodía castellano y llevaba hasta ellas la fragancia de los jazmines. Ante la insistencia de sus preguntas, la anciana religiosa intentó recordar el día de su llegada al monasterio. (LA, 42).

El espacio idílico es una miniatura del *locus amoenus* cuyo fin, en este pasaje, es ambientar la evocación del pasado para encontrar una pista que la lleve hasta su madre. El claustro de la abadía cisterciense está presentado por el narrador y sus primeras imágenes distan -sin flores y sin agua en la fuente- de acercarse a un lugar ameno:

El jardín del claustro rodeaba una fuente de la que no manaba agua y estaba cuajado de tiestos y brotes de plantas todavía sin florecer; y en las paredes de las galerías se veían dibujados bocetos e imágenes de santos. En los rincones dormían unas cuantas vasijas de barro que parecían amueblar aquellos fríos pasillos, corredores en los que, cada poco, había una puerta de



madera, casi todas talladas con mayor o menor esmero, pero todas armoniosas y bellas. Algunas tenían un gran cerrojo corredizo de hierro, al igual que de hierro forjado era la verja que daba entrada al monasterio. (J II, c. 3, pp. 55 y 56).

Después, en un giro, el narrador llega a asemejar el jardín del claustro al edén: <<Todo aparentaba estar exageradamente limpio; hasta el mismo jardín parecía un edén digno de prestar un descanso plácido a Dios después del sexto día>> (J II, c. 3, p. 56). Pero tanta limpieza y pulcritud le parecen artificiales al rey. Una segunda visión del claustro la ofrece el rey que lo contempla desde una ventana de la celda de la abadesa:

El claustro que miraba don Jaime desde la ventana era de planta cuadrada, con una fuente en el centro y, alrededor, un jardín cruzado por cuatro caminos. Los lados del claustro, las pandas, resguardaban las galerías o corredores cubiertos que se limitaban por arcadas. Era un hermoso claustro, desde luego, quizás el más cuidado de cuantos monasterios, abadías y conventos había conocido nunca. (J II, c. 12, p. 110).

La tercera vez que aparece la fuente del jardín del claustro es para encontrar el cuerpo sin vida de Isabel de Tarazona <<ahogada en la fuente de jardín del claustro>><sup>10</sup>. Fuente simbólica que había aparecido sin agua, agua igual a vida, en un presagio anticipador de la desgracia. Ahora el lugar parecido al edén se ha transformado en un *locus horribilis*.

## VI. LA PRESENCIA DE LA MUERTE EN LAS DOS NOVELAS

La novela gótica está llena de muertes trágicas, violentas, inesperadas. De esta misma característica participa LADLC; falta ahora por conocer una nueva versión de la muerte dirigida a exterminar al rey.

### 6.1. *Los tres intentos de regicidio*

Los tres intentos de matar al rey se realizan por envenenamiento y la abadesa es su autora. Ya constatamos -en el apartado de “La botica”- cómo ella misma preparaba las pócimas venenosas a partir de hierbas y flores y las

---

<sup>10</sup> Estas palabras las pronuncia la abadesa, pero nótese que, en la primera aparición, la fuente no tenía agua: ¿cómo va a morir ahogada allí una persona? Es una contradicción más que resolverá Constanza de Jesús.

hacía pasar por remedios caseros para combatir males menores. La causa de buscar la protección real en los crímenes y violaciones producidas en la abadía no era otra que tener al rey cerca para acabar con su vida. Constanza de Jesús percibe esta situación y da tres avisos al rey sobre el peligro que corre. He aquí el último que le hace recapacitar sobre el primer intento:

[Constanza] -Pues, en mi opinión, perdonad señor que os lo diga, pero estoy convencida de que quien corre peligro sois vos. Es vuestra vida la que quiere cobrarse la abadesa, de ello no tengo ninguna duda, aunque ignoro si por propia decisión o con el acuerdo de otros. Lo que no me explico es cómo todavía no habéis sufrido un atentado a vuestra persona. (JU, c. 5, p. 348).

El rey, después de oír estas palabras recuerda el brebaje azulado que le dio la abadesa para dormir del que <<Había tomado media medida, disuelto en agua...Sólo media medida... ¿Sería posible que de haberlo bebido todo...?>> (JU, c. 5, 349), pero no se atreve a compartir su secreto con la monja navarra.

El segundo intento se realiza con un cuenco de leche envenenada, que portaba la hermana Cixilona, para el desayuno del rey. Constanza de Jesús descubre a esta hermana muerta en su celda y comprueba que ha bebido la leche envenenada.

El tercer intento: La copa de vino con un platillo de pasteles muy azucarados en la celda de la abadesa, cuando ésta se ausenta -para que el rey entre en su celda y entretenga la espera con este tentempié-, es el medio para conseguir el tercer intento de regicidio. Las pruebas son evidentes y la investigadora se las enumera al rey: 1ª: la abadesa no bebe vino ni en comidas ni cenas; 2ª: la regla prohíbe comer entre horas y beber vino; 3ª los dulces muy azucarados sirven para impulsar a beber, y 4ª: el vino estaba envenenado, como ha comprobado (UJ, c. 6, pp. 359 y 360). Sin embargo, todo esto, ¿por qué? ¿Cuál es la causa que impulsa a la abadesa a intentar la muerte del rey?

## 6.2. *La piedad ante la muerte*

En Madrigal, en el transcurso del primer viaje de doña María Esperanza se ofrece un pasaje en el que un bandido, que, en medio del campo, intenta violar a las monjas, es herido de muerte por el capitán que las defiende. La abadesa no consiente en proseguir el viaje y, piadosamente, acompaña al moribundo hasta su último suspiro (LA, 132-138). Devuelve bien por mal. Y una vez más se reitera el contraste entre las dos abadesas.

## VII. EL MONASTERIO DE VALLBONA, EN CLAVE POLÍTICA

La religiosa de Tulebras se interesa por la política y así lo manifiesta en sus conversaciones con el rey, hasta el punto de establecer vínculos entre la orden monacal a la que pertenece y la política para justificar su interés: <<A mí me gusta la política: ¡soy benedictina!<sup>11</sup>>> (J II, c. 6, p. 87). En esta cita se encuentra una clave anticipada de lo que vendrá después.

Constanza de Jesús y el rey urden un plan para obligar a que doña Inés confiese sus crímenes: el rey la esperará en su celda haciéndola creer que ha bebido el veneno puesto en la copa, mientras la investigadora se encierra en la sala de trabajo contigua actuando como testigo. Llega la abadesa y, creyendo al rey próximo a morir, confiesa el móvil político de sus acciones, pero antes define al rey como un intruso y sale en defensa de los intereses catalanes: <<Cataluña pertenece a los catalanes y vos la obligáis a rendiros obediencia [...]. Imponéis su sumisión y deberíais saber que para nosotros sólo sois un rey extranjero>> (JU, c.7, p. 366). Don Jaime le reprocha su insolencia y la tiranía que ejerce sobre las novicias. También ellas quedan definidas como antes lo fue el rey. Son las aragonesas <<Un mero juguete para la hermana Petronila>> (JU, c.7, p. 368) y las catalanas, objeto de la concupiscencia de la hermana Lucía, limitándose la abadesa a proporcionar algunas prótesis y pócimas para adormecerlas.

Sin embargo, lo único que le interesa a doña Inés es su proyecto político en el que, una vez muerto el rey, <<los catalanes se alzarían en armas contra la Corona de Aragón y Cataluña sería al fin un reino libre>> (JU, c.7, p. 368). Y continúa explicando su plan:

-Yo misma encabezaré la sublevación desde las tierras de mi condado -afirmó-. Y pronto se sumarán a ella los nobles que acuden a mí en busca de consejos y dinero. Y de libros como los que habéis visto vos pero, como es natural, esas visitas son sólo la excusa para urdir nuestras conspiraciones. (JU, c.7, p. 370).

Una conspiración en la que el poder eclesiástico se une al de la nobleza por la independencia de Cataluña de la Corona de Aragón<sup>12</sup>. El desenlace

---

<sup>11</sup> En la literatura española del siglo XXI, los benedictinos tienen otras claves de referencia; en clave cómica aparece un benedictino en *El último barco a América*.

<sup>12</sup> Gómez Rufo, exponía en un encuentro literario celebrado en Alcalá de Henares, en la primavera de este año, el día 2 de abril, que le interesaba aludir a temas actuales a través de la evocación del pasado histórico.

acaba trágicamente. Don Jaime, ante la traición a su persona invoca el perdón, pero ante los crímenes de tantas hermanas inocentes utilizadas para atraerle a la abadía, es intolerante: <<En ese pliego de maldades está escrita tu condena, no en esta copa de la que nada he bebido>> (JU, c. 7, p. 375).

El rey deja elegir a la abadesa su propia muerte. El desenlace es inminente. Doña Inés de Osona se encierra en su sala de trabajo -de la que ya había salido la investigadora- y aparece después muerta con un cincel clavado en el vientre y el frasco de veneno en la mano, con la boca entreabierta de donde salía la pócima. Sus cómplices, Lucía y Petronila son crucificadas al día siguiente en una cruz en aspa. Y el rey llega, políticamente, a la conclusión contraria por la que había luchado doña Inés de Osona: La fragmentación del reino conllevaría el deterioro en todos los sentidos, por lo que tendría que convencer a los suyos de que la unidad del reino era imprescindible.

En cuanto al monasterio, un fuego purificador acaba con él. El alférez pregunta al rey si le duele ver ese incendio que cubre el horizonte con una roja llamarada y la historia acaba con las últimas palabras de don Jaime<sup>13</sup>:

-No. Era un lupanar de asesinos. Entre esos muros habitaba Satanás. Una vez dentro, a todos nos devoró la idea de la muerte, ya fuera para matar, ya para morir. Que nadie vuelva a pronunciar jamás el nombre de esa habitación del infierno. Nunca existió. Don Jaime *dixit*. (JU, c. 8, p. 385).

Hoy, en la realidad histórica, la abadía de Santa María de Vallbona resplandece por su espiritualidad y belleza.

## VIII. EL REAL MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE GRACIA DE MADRIGAL, EN CLAVE MONÁRQUICA

La vinculación de este monasterio con la monarquía es un hecho destacado a lo largo de siglos, lo que le ha procurado la denominación de *Real Monasterio*. Históricamente, desde principios del siglo XIII existió extramuros un convento de agustinas, fundado por una noble señora de Arévalo, doña María Díaz de la que se conserva un cuadro en el convento cuyo lema dice: <<El que a Dios casa fabrica, a sí mismo se edifica>> (Benítez, 371). A instancias de doña María Esperanza, este convento se trasladó intramuros al

---

<sup>13</sup> Queda después un epílogo que trata sobre las conquistas del rey, sin interesar a la historia del monasterio.

palacio de Juan II, donde había nacido su hija, Isabel la Católica, alegando la abadesa razones de peso: <<para mayor recogimiento nuestro y conservación de nuestra salud y mayor guarda de nosotras y de nuestras religiosas>>, en una carta dirigida a su tío, el emperador Carlos V, de fecha 16 de mayo de 1525, cesión del palacio concedida en el día 8 de julio de 1526.

Además del hecho de residir en el palacio de Juan II, que quedó convertido en el Real Monasterio de Santa María de Gracia, fueron monjas profesas en el convento varias hijas de reyes, entre ellas, la infanta doña Catalina hija de Juan II y de su primera esposa, y hermana de padre de Isabel la Católica, y las dos hijas naturales de Fernando el Católico, María de Aragón y María Esperanza de Aragón: ambas profesan en 1490 como consta en el *Libro de Profesiones* encargado por doña María Esperanza (Benítez, 376).

También el nombramiento de altos cargos recae en las hijas de los reyes. Así se otorgó nombramiento de abadesas a estas dos agustinas hijas del Rey Católico, legitimadas después, como confirma la carta del rey a su embajador de Roma de fecha 21 de marzo de 1509, muerta ya la reina Isabel la Católica, << para solicitar al papa Julio II su legitimación>> porque mostraban escrúpulos de conciencia al ocupar estos cargos siendo bastardas (Benítez, 377). Otro nombramiento histórico lleva a María Esperanza a ser abadesa del monasterio cisterciense Santa María de las Huelgas en Burgos, a petición de su tío, el emperador Carlos V, a causa de sus buenas cualidades como gobernanta y como persona, con la finalidad de acabar con la relajación en las costumbres y en la vida contemplativa de dicho monasterio. A lo que la abadesa de Madrigal opone resistencia y escribe a su tío que tal nombramiento le pesa en el alma y alega para no ir motivos de salud, tiempo y hábito <<porque la devoción y fe que yo tengo al hábito de nuestro glorioso Padre san Agustín a todos es notorio>> (Benítez, 390). Al final, cumple el mandato real y su actuación es alabada por todos y muere en las Huelgas en 1548<sup>14</sup> sin poder volver a su casa agustina que tanto amaba. La vida ejemplar de esta religiosa con cualidades de abadesa, devota y humilde a pesar de su alto origen, es confirmada por su padre el rey don Fernando y el estudio de Benítez lo muestra pródigamente.

En cuanto a la ficción, se siguen con bastante fidelidad los hechos históricos. Recoge su recta vida de abadesa y nada escabroso se halla entre sus páginas, al contrario que en la novela sobre el monasterio cisterciense. Si allí la muerte violenta tenía su imperio aquí la piedad se manifiesta

---

<sup>14</sup> Martínez de Lezea da la fecha de 1545 para la muerte de doña María Esperanza de Aragón, en el apartado de <<Cronología>>, p. 251 de su obra.

cuando hay que afrontarla y son frecuentes los pasajes en que se muestra la observancia de la regla de san Agustín y la vida limpia, devota y apacible en que transcurre la comunidad agustina.

## IX. CONCLUSIONES

Después de analizar las dos obras, el rasgo que más destaca es la oposición entre las dos novelas. La polifonía de *La abadía de los crímenes* se opone al canto llano de *La abadesa, María, la Excelenta* que, frente a la multiplicidad de personajes y asuntos de aquélla, discurre ésta centrada en un personaje y en un único asunto en el inicio, desarrollo y desenlace.

El desenlace de la novela es trágico y violento en *La abadía de los crímenes* y pacífico en *La abadesa, María, la Excelenta*. Las abadesas se configuran en dos modelos opuestos de protagonistas: El suicidio de la abadesa de Vallbona con su propio veneno, como castigo a sus crímenes se opone al enaltecimiento de la abadesa de Madrigal, nombrada priora de las Huelgas en Burgos, por sus cualidades.

Mientras que doña Inés de Osona se destruye a sí misma y a su monasterio por su maldad, doña María Esperanza rige ordenadamente su comunidad y construye, con su virtud y su saber hacer, la paz y las buenas costumbres en Santa María de las Huelgas. Por otra parte, la ambición del poder político de doña Inés se contrasta con la única ambición personal de doña María Esperanza: conocer quién era su madre. Objetivo que alcanza, y despreciando las vanidades del mundo que la recordarán como la hija bastarda del Rey Católico, ella se identifica únicamente como María, hija de Toda de Larrea.

La consecución de objetivos es, por lo tanto, otro de los puntos que enfrenta a las dos abadesas: doña Inés no consigue realizar su proyecto político y todo acaba en la más absoluta de las destrucciones, en cambio, doña María Esperanza logra su propósito de conocer su origen materno, encuentra la tumba de su madre doña Toda de Larrea y construye su identidad.

La metáfora del mundo al revés tiene su asiento en *La abadía de los crímenes*, mientras que en *La abadesa, María, la Excelenta* todo fluye con naturalidad y en paz. En cuanto a la clausura de los monasterios, dentro de la ficción, siguiendo con fidelidad la historia, se constata que no sólo son lugares para el retiro espiritual, sino que cumplen una función social, la de ofrecer refugio a las hijas bastardas del rey e, igualmente, es un espacio para salvaguardar el honor de las familias nobles cuyas hijas quedaron embarazadas

sin estar casadas. Otra de sus funciones es recoger a las hijas de familias pobres, sin recursos para mantener a su prole, incluso desde sus primeros días de nacimiento.

La función intelectual y artística de los monasterios, en la creación y transcripción de bellísimos códices iluminados, es otra de las grandes aportaciones de los monasterios, presente en las dos obras literarias que reflejan con fidelidad los hechos históricos. Asimismo, se subraya en *La abadesa* la falta de libertad impuesta por la clausura y el desasosiego que ocasiona.

Se confirma en la ficción la autonomía de los monasterios que, a través de sus relaciones con la nobleza y con la Corona, gozaban de un influjo social y de un poder político. Al igual que el hecho de estar emparentadas con la Corona o pertenecer a la nobleza suponía la distinción de las religiosas con los más altos cargos, entre ellos, el de abadesa.

Por último, se observa que las dos novelas presentan aspectos históricos, como se ha establecido, pero la obra de Gómez Rufo se permite dar más vuelo a la ficción en el culto a la lujuria y a la muerte con una imaginación y fantasía que no sólo sigue a la novela de misterio sino que se enmarca por lo macabro, desmesurado y terrorífico en la novela gótica.

## X. CUADRO COMPARATIVO DE LADLC Y LA, MLE

<b><u>La abadía de los crímenes</u></b>		<b><u>La abadesa</u></b>
Novela histórica, psicológica, de misterio y gótica	<b>Género</b>	Novela histórica
Polifónica	<b>Estructura</b>	Canto llano
Múltiples	<b>Protagonistas</b>	Único
Jaime I, El Conquistador, doña Leonor de Castilla, Violante de Hungría	<b>Personajes históricos</b>	Reyes Católicos Carlos V, Doña Juana Doña María Esperanza de Aragón, Doña María de Aragón Toda de Larrea, doña Mísol, Doña Isabel de Mendoza y Navarra
Sí, con mayor presencia	<b>Horas canónicas</b>	Sí
Interna	<b>Clausura</b>	Salidas al exterior

Libros profanos y lujuriosos	<b>Producción del escritorio</b>	Libro de devoción: Las Horas
Venenos	<b>Botica</b>	Remedios para enfermedades
Torturas	<b>Torre</b>	Avistar mensajeros
Cementerio infantil	<b>Huerto</b>	De hortalizas
Lugar de un crimen: locus horribilis	<b>Jardín del claustro</b>	Lugar intimista para conversar: locus amoenus
Crímenes y violaciones de la abadía	<b>Investigación</b>	Origen materno de la protagonista
Muerte natural: 0 Muertes violentas: muchas Reacción ante la muerte: crueldad	<b>Presencia de la muerte</b>	Muerte natural: 1 Muertes violentas: 1 Reacción ante la muerte: Piedad
Trágico	<b>Desenlace de la novela</b>	Pacífico
Destrucción	<b>Desenlace de las abadesas</b>	Enaltecimiento
Destrucción de Sta. María de Vallbona	<b>Desenlace de los monasterios</b>	Construcción de la observancia en Las Huelgas
Personalidad perversa	<b>Abadesa</b>	Personalidad responsable, piadosa
No	<b>Consecución de objetivos</b>	Sí

## XI. ABREVIATURAS

LADLC: La Abadía de los crímenes

LA: La abadesa, María, la Excelenta

J I, J II, J III, JU. Jornada I, Jornada II, Jornada III, Jornada última.

## XII. BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉS, R., *No Sufrir compañía*, Acantilado, Cuaderns Crema, Barcelona 2010.
- ARAM, B., *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Marcial Pons, Ediciones de Historia, Madrid 2001.
- BENÍTEZ, OSA, J. M., <<Agustinas de Madrigal de las Altas Torres>> en *Actas del Simposium XII, La clausura femenina en España*, San Lorenzo del Escorial 2004.



- DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, A., <<Libros de Horas en la Corona de Castilla. Hacia un estado de la cuestión>>, en *Anales de Historia del Arte* (2000) 9-54.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, G., <<La bella Toda y los doce jabalíes>> en *Obras de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda*. Ed. de José María Catro y Calvo, B.A.E., 288, Madrid 1981.
- GÓMEZ RUFO, A., *La Abadía de los crímenes*, Planeta, Madrid 2011.
- HERRUZO, M., *Petita història del Monestir de Vallbona*, Editorial Mediterrània, Barcelona 2008.
- HAMEL, C. D. *Copistas e iluminadores*, Ediciones Akal, Madrid 2001.
- HINOJOSA MONTALVO, J., *Los reinos cristianos medievales. Jaime I el Conquistador (1208-1276)*, Universitat d'Alacant, 2008.
- LÓPEZ MENGUAL, F., *El último barco a América*, Ediciones Planeta, Madrid 2011.
- MARTÍNEZ DE LEZEA, T., *La abadesa, María, la Excelenta*, Maeva Ediciones, Madrid 2010, 8ª ed.
- NAVARRO VILLOSLADA, F., *Doña Toda de Larrea o La madre de La Excelenta*, edición de Carlos Mata Induráin, Clásicos Castalia, Madrid 1998.
- PÉREZ, J., *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*. Nerea, Madrid 1988.
- PIQUER I JOVER, J.J , *Guia Espiritual i Artística*. Editorial Claret, Barcelona 1993.
- ROUX, J., y monjes de la abadía de Ace. *Los cistercienses*, Vic-en-Bigorre Cedex (Francia), MSM, 2003.
- SUÁREZ JIMÉNEZ, *Los Reyes católicos*, Ariel, Barcelona 2005.

